

*La casa del hombre*, de JOSÉ MIGUEL IBÁÑEZ LANGLOIS.  
Ediciones Agora, Madrid, 1962.

Pocas voces jóvenes pueden exhibir la pureza y profundidad sin oscurantismo de imágenes que la de José Miguel Ibáñez Langlois. En una hora de prosaísmo poetizante que nada tiene que ver con poemas en prosa o prosa poética —cuando hay confabulaciones para aderezar la propaganda proselitista que insufla energías postizas a modestos cultivadores— he aquí que este poeta chileno —sin las escaramuzas de una puesta de escena— da a conocer este libro impreso en Europa. Y su poesía viene transida de humanismo, de religiosidad, de hondor místico.

Todo el libro es un testimonio de su ansia de Dios: presentimientos súbitos configuran la Presencia indecible, la Gracia que habita esta casa del hombre. Dios está ahí tras el desvelo del hombre que busca su luz en la sombra. Y en esta experiencia intransferible, el poeta —testigo de la angustia, colaborador de la esperanza— va modelando el cimiento, verso a verso, de esta mansión que el hombre ha de habitar con la transfiguración de la fe. El poeta va expresando este ascenso —sufriendo y gozando la entrega de un mandato irrenunciable. Canta a los Pobres con esa dulzura franciscana:

*El amigo de los pobres soy yo,  
el que vive en buena casa y halla puesta la mesa  
y entre sábanas blancas duerme sueños de pobres.  
El amigo de los prójimos que mueren de hambre y frío  
sin adiós a ningún ser de este mundo negro y triste.  
Sus heridas tengo yo con mansión y pan y cama,  
quién si no junto al fuego  
debe helarse de los vientos, y debajo del techo  
congelarse de estrellas que miran a los pobres,  
y morir de hambre junto a la mesa repleta  
despidiéndose sin pena de seres de este mundo,  
y sufrir bajo los astros como un pueblo silencioso  
que se duerme conmigo en el último clamor.*

Poesía plena de premoniciones; las anticipaciones van entretejiendo la sugestión hermosa en versos de límpida factura: la reiteración —como técnica del poeta— logra, *in crescendo*, cautivar nuestra admiración. La poesía nade por la ausencia de recursos retóricos que distorsionan el poema.

Uno de los poemas más hermosos es *ALGUIEN VIENE...* Citemos un fragmento:

*Alguien rompe la tiniebla: es una cosa  
imposible en la presencia de la noche.  
Sin embargo, lo siento con el viejo corazón  
del ángel que no fui viniendo al mundo.*

*Alguien llega: respira en mi costado.  
Y no hay nadie allí cerca, mas lo siento*

.....

Pero este descubrimiento ha sido doloroso: ha habido una *pasión*, un transcurrir entre sombras —el poeta usa con abundancia el recurso de oposición de lo desconocido— la noche, la tiniebla, la sombra que porta su vigilia con la idea de la luz, símbolo de Dios: *A la luz se aproxima: me custodia*— dice José Miguel Ibáñez Langlois. El Día, el alba, la gestación de sus potencias vitales fecundan su existencia en esa Noche de *nocturna maravilla*. La maravilla de Dios.

LA CASA DEL HOMBRE —Libro de Horas— representa en la actual producción lírica chilena un valioso aporte en medio de tanto lirismo de vacía sonoridad. Poesía la suya que no teme mostrar la vena de una sinceridad admirable, cuajada en la práctica de una religiosidad cabal, verdadera:

*Comprendí que allí estabas, habitando lo oscuro,  
bien abiertos los ojos noche y día,  
y que nadie te hubiera contemplado  
sin morir: existías, oh mirada.  
A tu sombra acógime desde entonces,  
habitante dormido en la afueras,  
yo, penumbra de tu gloria en la ventana.*

La presencia de la Biblia y la leve de los clásicos castellanos —los místicos y barrocos—, algunos versos traen reminiscencias directas (*con manos de humo, polvo, sombra, nada* —que viene a ser una paráfrasis del clásico verso de Góngora: *en tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada*), no implican objeciones sino que deuda evidente al venero magistral del idioma. Sin embargo, esta herencia en Ibáñez Langlois no se troca en actitud ancilar de la retórica clásica: se moderniza, adquiere el ritmo del versículo, fluye con una secuencia espontánea, naturalmente artística. La extraordinaria belleza de algunos poemas —muy especialmente MADRE— son testimonio más que evidente del talento del poeta chileno.

La poesía de José Miguel Ibáñez Langlois —madura en la inspiración— se revitaliza con su arte tan diferenciado —por lo profundo— de otras efusiones literarias de absoluta orfandad espiritualista.

*La idea de libertad en la obra dramática de Schiller, ensayo de PAULIUS STELINGIS. Colección El Espejo de Papel. Cuadernos del Centro de Investigaciones de Literatura Comparada de la Universidad de Chile, Santiago, 1962.*

La idea de la libertad en la vida y la obra de Schiller es lo que ha estudiado detenidamente el ensayista lituano Paulius Stelingis. Y lo ha realizado con

excelente criterio expositivo, sin que se entrecrucen en su texto disquisiciones eruditas que podrían menoscabar su eficacia.

Unidad, he aquí una de las características de este ensayo: se detiene en la vida del poeta y dramaturgo; señala los hechos definitorios de su sed de libertad individual; el drama de su juventud y su rebeldía final. La idea de la libertad nace en Schiller de su más profundo ser, como una necesidad no únicamente impuesta por los caprichos de un tirano, más bien por la imposibilidad de acomodación espiritual de su alma a los designios del déspota ilustrado que reinaba a destajo sobre el destino de las personas. Ese es el punto inicial de su filosofía de la libertad que culminará en ser el *substratum* de su arte dramático.

Lo que hace interesante el estudio de Stelingis es, además, la secuencia que nos va dando sobre el tiempo histórico —espiritual— en el cual se gesta y madura el drama schilleriano. La aportación de citas —especialmente las que ha utilizado: del amigo entrañable, Goethe— enriquecen la tesis de su ensayo. Cuando estudia los dramas de la juventud del poeta —Los Bandidos, que encarna una ardiente rebelión contra la sujeción tiránica, es, a la vez, una muestra del idealismo alemán, que acepta la lucha del hombre contra el destino; La Conjuración de Fiesco (lo que le interesa ahora es demostrar la lucha por la libertad bien concreta, que es la libertad republicana) etc., Stelingis, al seleccionar fragmentos de escenas, nos presenta los que constituyen verdaderos retratos psicológicos de sus personajes. Así, y por vía de cita eficaz: en Los Bandidos dice Paulius Stelingis *Es Karlo Moor quien encarna la idea de libertad. Su anhelo es la libertad sin límites: liberarse de todo lo que nos sujeta, ya sea de parte de Dios o de los simples mortales...* Reproduce un parlamento de Moor: *La ley no ha formado ningún hombre grande, y sólo la libertad engendra colosos y cosas insólitas.* Este personaje representa en la obra de Schiller una encarnación de la concepción del *Sturm und Drang* —el impulso y la tormenta— y define los contornos psicológicos —las caídas y desastres de esta alma atormentada.

La actualidad de Schiller ha sido ya lo suficientemente ponderada en el mundo occidental sin embargo, el aporte que Paulius Stelingis hace a nuestra literatura trae —en rigor— el beneficio de la divulgación de ideas que ahora no suelen conmover a los “intelectuales” de la cultura dirigida. Schiller es un artista, el artista de una idea que lo obsesionó desde su íntimo y dramático destino y, como tal, el filósofo de los desesperados que en todas las latitudes del mundo aspiran la liberación del despotismo semiilustrado de nuestro tiempo. Su ideario reformista perdura en toda su dramaturgia.

Una de las piezas que el autor estudia con muchos aciertos es “Don Carlos”. *Cuatro dramas podemos distinguir en esta obra de Friedrich Schiller: un drama familiar, un drama de amor, un drama político y un drama de amistad,* dice Stelingis. En esta obra a Schiller le interesa *la liberación interior del hombre.*

EL DON CARLOS —pletórico de humanismo— de fe, de sacrificio, de grandeza espiritual, porta la pasión del poeta y dramaturgo por desentra-

ñar de la historia un sentido; el destino de don Carlos tendía a ello; a darle a su vida ese impulso en que la felicidad ansiada y la paz interior conjugaran a maravilla con los destinos de una nación. La historia oficial y la historia espiritual —recreadas por el genio del poeta— desfilan sus penumbras en este estudio que Stelingis ha realizado con amor. Amor, sabiduría y talento para exponer con claridad un tema y desarrollarlo con método que fluye sin tropiezos.

Los dramas maestros: Wallenstein, María Stuardo, Guillermo Tell, etc. son igualmente analizados con el cuidado que ha puesto este ensayista europeo que trabaja no sólo en torno a los autores del Romanticismo alemán: no olvidemos sus estudios sobre dos poetas chilenos: Carlos Pezoa Véliz y Manuel Magallanes Moure. En toda oportunidad —ya lo sabemos— Stelingis pondrá una dignidad investigadora junto a una sensibilidad alerta y moderna.

*Los emigrados*, de SERGIO AUBERT CERDA.

Santiago, 1961

Qué interesante es ver cómo la literatura chilena va enriqueciendo su registro con la incorporación de autores que uno creía definitivamente anclados en sus profesiones: la medicina, dentística, arquitectura, abogacía, etc. nos están dando sorpresas año tras año. Esta vez le ha correspondido al arquitecto Sergio Aubert Cerda evadirse de la rigurosa euritmia de las formas arquitecturales, creando un mundo de sugerencias poéticas con temas que enraizan cabalmente en la tierra. Y en ello está el interés de estas páginas: transfigura la realidad con evocaciones de infancia; transmuta sus personajes con el toque certero de lo legendario; logra una atmósfera con una retórica de cuento oriental —decorativa— a veces escenográfica. Y en todas estas páginas está la Muerte presidiendo. De allí el sugestivo título: *Los Emigrados*.

Sergio Aubert Cerda construye sus relatos en secuencias morosas en los cuales la naturaleza, las cosas, los seres, van experimentando una estilización —la mampostería adjetiva que les da visos imprevistos. Así la realidad logra un simbolismo que da a cada uno de los relatos un trosfondo de poesía.

Nada tienen que ver los recursos artísticos del autor con las exigencias del relato moderno. Más bien Aubert Cerda vuelve sus ojos a la técnica de la literatura oriental. El cuento *La muerte de la imaginación* es una verdadera parábola. Tiene todos los elementos implícitos de ese difícil género. El fin ético subyace estrechamente unido a la narración que aquí es más fluida que en otros relatos. También aquí el final del relato culmina con una frase toda moraleja sentenciosa: "A lo lejos la imaginación quedaba muda. Ya no podía amenazar. Ya no podía rogar. Terminaba su poder y su existencia. Moría como el reflejo cuando huye la imagen, como la tiniebla frente al sol. Moría eternamente, como sería la muerte si muriera Dios".